

ser humano. No puedo dar una definición concreta de la alegría, pero lo que sea hay que buscarlo en la proximidad, la relación, el intercambio, incluso en la polémica con los semejantes, no en la posesión de objetos.

La relación amistosa es fruto del convivir compartiendo. Solo los que no tienen nada no pueden compartir nada. Solo los que no van a ninguna parte no pueden tener compañeros de ruta. Aristóteles plasma esta idea en una inesperada descripción costumbrista:

Amistad es, en efecto, convivir, y desear para el amigo lo mismo que para sí. Y aquello en lo que ponemos el atractivo de la vida es lo que deseamos compartir. Por eso, unos beben juntos, otros disfrutan con el mismo juego, o practican el mismo deporte, o salen de caza, o charlan sobre filosofía.

## 7. El amor y sus alas

PARA PONDERAR la importancia del amor bastaría con decir que es una de las fuerzas que mueven el mundo. En el principio existió el Caos, dice Hesíodo en su *Cosmogonía*. Y luego la Tierra, asiento firme de los Inmortales que habitan el Olimpo. Y, en lo más profundo de la Tierra, el sombrío Tártaro. Y Eros, el más bello entre los dioses, el que somete la mente y la conducta prudente de dioses y hombres.

Por experiencia sabemos que nada como el amor hace vibrar las fibras profundas del ser humano. Platón, el primer filósofo que reflexiona a fondo sobre este sentimiento, en su diálogo *El Banquete* constata que estamos hechos para la belleza, e intuye que la belleza es una llamada de otro mundo para despertarnos, desperezarnos y rescatarnos de la oscuridad de la caverna donde vivimos.

La antropología filosófica nos dice que una mujer, un niño, cualquier hombre, nunca ven a los demás como cuerpos neutros, sino como personas con una riqueza subjetiva que se capta mediante los afectos. Y que el conocimiento de los demás está siempre coloreado por sentimientos diversos: aprecio o desprecio, amistad o indiferencia, admiración o envidia. Y que la tipología de los afectos es variada, pero hay uno que es experimentado como el más radical y esencial de todos: el amor. En el lenguaje ordinario designa principalmente un tipo especial de relación entre hombre y mujer, aunque también se usa para designar relaciones entre padres e hijos, entre el hombre y Dios, entre un hombre y sus ideales, su tierra, la naturaleza, etc.

¿Qué es lo que está presente bajo todas las formas de amor? J. Pieper responde que, en todos los casos imaginables, amar es aprobar, dar por bueno, ser capaz de decir: «es bueno que existas, que estés en el mundo» y, por tanto, «yo quiero que existas». Por eso, el amor protesta siempre contra la muerte. Además de existir, lo que necesitamos es amar y ser amados por otra persona. Solo sabiéndose amado consigue el ser humano existir del todo, sentirse arropado en el mundo. El amor aparece así como un principio

intrínsecamente constitutivo de la personalidad humana, origen de la tendencia natural a una realización vital recíproca. Por esa reciprocidad se dice que no se puede vivir sin la persona amada, y que ella es más que la propia vida.

El enamoramiento está certeramente caracterizado por Ortega y Gasset como una alteración «patológica» de la atención, porque el conocimiento y la voluntad del amante se concentran en el amado hasta llegar a ver el mundo por los ojos del otro. Un estudio comparativo de las innumerables caras que presenta el fenómeno del amor, desde Platón hasta el psicoanálisis, pone de manifiesto el rasgo común de la *preferencia*: el amor es siempre un preferir. La realidad aparece entonces como lo que gusta o no gusta al ser amado, como lo que le favorece o perjudica. Tal situación no puede mantenerse mucho tiempo, porque la vida humana implica una pluralidad de actividades que impide el arrebato permanente, y porque la plenitud anunciada es un programa que debe ser realizado en el tiempo.

En la realización de ese programa lleva la voz cantante la voluntad, que toma el relevo del sentimiento. Solo así puede ser el amor objeto de regulación jurídica y de prescripciones morales. Cuando se quiere expresar jurídicamente la relación conyugal, se considera que aquello que constituye esa unión es un acto de voluntad expresamente manifiesto (el consentimiento). Ello es así porque un sentimiento es algo que no obliga a nada. En el enamoramiento somos sujetos pacientes de un sentimiento, pero en su desarrollo somos sujetos agentes de un proyecto voluntario, capaces de compromiso libre, esfuerzo y sacrificio. Al ir más allá del sentimiento, la fórmula del amor tampoco es sentimental: no dice «yo te quiero porque eres así, mientras seas así», pues todo el mundo estará de acuerdo en que si un amor termina en el momento en que desaparecen ciertas cualidades (belleza, juventud, éxitos), quiere decir que no existió nunca. El amor suele nacer al ver en una persona las mencionadas cualidades, pero luego se afianza en el centro de la persona que posee esas cualidades, y permanece como un acto de voluntad cuando esos irresistibles adornos han desaparecido.

¿Es el amor *physical desire and nothing else*? Platón negaría rotundamente esa reducción a lo físico. Sin embargo, afirmó que la conmoción amorosa tiene lugar en el encuentro con la belleza sensible, pues ella commueve al hombre más que ningún otro valor y lo arrebata de su tranquila comodidad. Entonces, el hombre arrebatado por la belleza queda fuera de sí, quiere echar a volar y no puede, no sabe lo que le pasa. De esa desconcertante situación habla Aristófanes en el principio de *El Banquete*. Dice que los amantes no saben lo que quieren uno del otro; quieren algo que sobrepasa el placer del amor, pero ese algo no saben expresarlo, solo lo presienten.

Platón, autor de *El Banquete*, ha experimentado que el auténtico arrebato amoroso nos transporta por encima del espacio y del tiempo, de tal modo que el commovido por la belleza desearía que el instante fuera eterno, y querría abandonar el camino que suelen seguir los hombres. Por eso, los dioses se refieren a Eros como *el que proporciona alas*. Esto quiere decir que, cuando recibimos la belleza rectamente, encontramos una

satisfacción incompleta, un sabor agridulce en el que la felicidad se mezcla con el sinsabor de una espera, de una promesa que posiblemente no pueda realizarse en el ámbito de la existencia corporal. Así define justamente Paul Claudel a la mujer: «la promesa que no puede ser cumplida». Esa promesa excita en el alma —así lo interpreta Platón— el recuerdo de su origen y la nostalgia de una felicidad perdida. Entonces le crecen alas para volver a la compañía de los dioses aun antes de terminar el exilio infligido, y el alma se aficiona a contemplar y disfrutar lo divino.

Parafraseando a Pascal, diríamos que el amor supera infinitamente al deseo, pues despierta una sed que no puede calmarse. «¿Eres la sed o el agua en mi camino?», se preguntaba Antonio Machado. Sospechamos que el amor es ambas cosas, sed y agua: una gustosa ansiedad. Pero experimentar lo realmente gustoso de esa ansiedad solo es posible —sigue diciendo Platón— cuando se respeta una condición previa: conservar puro el impulso amoroso, protegerlo de las posibilidades de falseamiento o corrupción que nacen de confundir el arrebato por la belleza con el mero deseo de placer. Es importante ver la diferencia entre deseo y amor. El que desea sabe exactamente lo que quiere, es un calculador. Pero desear no es amar: «En rigor, no es amado quien es deseado, sino aquel para quien se desea algo», afirma Pieper.

C. S. Lewis, uno de los escritores ingleses más perspicaces, trata este asunto con una sorprendente clarividencia. Confiesa que, al perseguir la felicidad en la experiencia erótica, perdía siempre el rastro, «y el deseo real se marchaba diciendo: ¿qué tiene que ver esto conmigo?». Durante muchos años buscó la felicidad en el placer, «pero al final terminé de construir el templo y descubrí que el dios se había ido».

Platón sabía que el hombre está destinado al amor profundo, pero también era consciente de que lo verdaderamente humano no se da nunca en la mayoría de las personas. Por eso, Sócrates, después de hablar con Fedro de estos temas, eleva una oración a Pan y a todos los demás dioses: «Otórgame la belleza interior y haz que mi exterior trabe amistad con ella».

## 8. La felicidad

Ningún proyecto les sería imposible. No conocerían el rencor, ni la amargura, ni la envidia. Pues sus medios y sus deseos se armonizarían en todo punto, en todo tiempo. Darían a este equilibrio el nombre de dicha; y con su libertad, su prudencia y su cultura, sabrían preservarla, descubrirla en cada instante de su vida común.

LACITA es de Georges Perec, tomada de su novela *Las cosas*. Se trata de un breve relato protagonizado por una joven pareja que sueña con ser feliz en un apartamento que no posee. La sala de estar tendría una librería de madera de cerezo. En invierno, corridas las cortinas, con varios puntos de luz y grandes zonas en penumbra brillarían todas las cosas: la madera barnizada, la seda densa y rica, el cristal tallado, el cuero negro... Sería un